

A close-up portrait of a woman with long, dark, wavy hair. She is wearing a purple blazer over a light-colored, patterned blouse. Her eyes are a light brown color with blue eyeshadow, and she has a soft, pinkish-red lipstick. The background is a plain, light-colored wall.

Mis vivencias
con él

Corín
Tellado

Al encontrar su primer trabajo, Molly, encuentra también a su primer hombre, aquel que le mostrará el camino del deseo. En sus manos conoce también la falsedad, la honradez y la franqueza. Ella entiende que no están enamorados, que es un momento de «aprovechar» las circunstancias. Él lo ve igual. Dos personas con un pensamiento igual, difícilmente pueden evitar enamorarse.

Índice de contenido

Cubierta

Mis vivencias con él

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Sobre la autora

Si quieres que te estén sometidas todas las cosas, somételas a la razón.

SÉNECA

CAPÍTULO PRIMERO

— **M**olly, que se te hace tarde. De un tiempo a esta parte duermes menos y lógicamente te levantas más tarde. Lo primero que debe hacer una persona responsable es llegar puntual.

Me miraba al espejo y veía mi propio rostro reflejado allí, en el azogado vidrio.

Yo no estoy segura de que quisiera verme, ni si me gustaba incluso.

Imaginaba a mamá preparándome el desayuno. Zumo, café, mantequilla, mermelada...

El mantel rojo, las servilletas del mismo color. El juego de cristal...

—Molly, por el amor de Dios.

—Si, mamá, ya veo.

Mi voz sonaba un poco hueca, pero no estoy segura si era por la prisa que mamá me daba o por mí misma, por las cosas que me ocurrían.

Tampoco importaba demasiado.

En aquel instante mamá no significaba tanto para mí, como significaba yo misma.

Me levanté del taburete donde me hallaba sentada ante un tocador lacado con el espejo ovalado dependiente de un tenue vaivén.

Aún me miré de nuevo.

Morena, ojos verdes, pelo muy negro, boca bien dibujada, dientes nítidos...

—Que tengo que irme al trabajo, Molly —añadía mamá antes de que yo dejara mi cuarto.

Cierto.

No tenía derecho.

Me pasara lo que me pasase a mí, detener la vida de mamá era cruel por mi parte. También es cierto que el desayuno podía hacérmelo yo, pero mamá se empeñaba siempre en hacerlo ella para ambas, y desayunar juntas y salir en su auto. Ella para la embajada donde hacía de intérprete bilingüe y yo para algo parecido, pero en otro lugar.

Al fin dejé mi alcoba, dentro de mis pantalones blancos y mi blusa roja, mis sandalias casi descalzas, de medio tacón.

Me vi aún reflejada en el espejo y al hallarme a distancia, casi me veía entera, de modo que una vez más aprecié mi esbeltez, mi delgadez con formas apenas insinuadas, pero evidentemente femeninas.

Pensé en mil cosas a la vez, pero decidí que no iba a detenerme en ninguna determinada.

Lo mejor era dejarme ir y que las cosas sucedieran como gustasen.

Al fin y al cabo iban a suceder igual, porque en el fondo ya habían sucedido.

¿Quién tenía la culpa de todo ello?

Yo, el destino, él... o todo.

Todo que se había ido metiendo en mí y en él.

Lo peor es que la que sufría era yo porque él solo vivía.

Quizá para él yo no era más que eso, un entretenimiento, una época de su vida, un adiós mañana.

—Ya era hora —dijo mamá al verme.

Mamá tenía un leve acento extranjero, no en vano era inglesa aunque nacionalizada española y viuda de un español.

Joven aún, pues no pasaría mucho de los cuarenta años, linda y con mucha clase, pensaba yo que un día cualquiera mamá me diría que se volvía a casar.

O quizá prefiriera quedarse así.

¿Si mamá tenía algún ligue?

Puede, puede. ¿Por qué no?

En ella todo era vitalidad y estaba en lo mejor de la vida.

Pero la vida de Liz (yo solía llamarle así), la vida íntima, se entiende, no me importaba en absoluto. Entendía, además, que podía hacer lo que quisiera. Para ella ciertas cosas carecían de importancia y su educación distaba mucho de ser la clásica educación represiva española.

Aunque a la sazón ya nadie era represivo.

Ni yo misma. Pero mal podía haberlo sido yo en una vida que se me ofreció del todo liberal.

—Yo no tengo una hora fija para entrar —decía mamá sentándose ante mí en la mesa de cristal, en el fondo de la preciosa cocina—, pero tú...

—Yo tampoco, Liz. A medida que una va habituándose en su trabajo se cronometra y tampoco mi cometido es de horas fijas.

—¿Qué estás haciendo en este momento, Molly? —preguntaba mamá sirviéndome el zumo.

—Paso a limpio los guiones. Preparan unos trece y serán muy buenos. Como además los dirigirá el mismo guionista, es posible que hagan impacto.

—Es muy famoso. Cada día más.

—Sí...

—¿No te es simpático?

Yo bebí el zumo y después mamá me sirvió café y me ofrecía la bandeja con las tostadas calientes, en las cuales untaba mantequilla y mermelada.

—Voy a tomar el café bebido, mamá.

—Con esa delgadez más podrías ser modelo que secretaria de un guionista director de cine —aducía mamá riendo—. Pero sin duda más descansado tu trabajo aunque a veces te lleve horas hasta el amanecer. Cierto, ¿a qué hora llegaste ayer?

—No miré el reloj.

—Te lo diré yo. Eran por lo menos las cuatro de la madrugada. ¿Has venido o te ha traído tu jefe?

—Me ha traído. Trabajamos hasta muy tarde.

* * *

Liz, en cambio, comía muy bien, de modo que mientras yo tomaba mi café bebido, ella se entretenía en tomar las tostadas con mantequilla y mermelada.

La miraba, entretanto, distraída, pero me daba cuenta de su juvenil silueta, de sus formas armoniosas, de su frescura. En la calle podía tomársenos por hermanas, pero nunca por madre e hija.

—El día que falleció tu padre y decidimos venirnos a España, creo que nos cambió todo, Molly. Y pienso que para bien.

Sin duda...

Mamá terminaba de desayunar y se fumaba su primer cigarrillo, del cual aspiraba el humo con deleite.

Sin duda era el mejor cigarrillo del día.

—Tu padre siempre me lo decía: «El día que yo falte, si faltó antes que vosotras, os vais a España». Yo pensé que no me adaptaría, pero al hallar trabajo en seguida en la embajada, me relajó y ahora ya no dejaría este país por nada del mundo.

Yo tampoco.

Pero no sabía si el destino había acertado conmigo.

—Tenemos que irnos. Molly —añadía Liz sin saber lo que yo pensaba—. Nos veremos en la noche. Deja todo como está porque vendrá la limpiadora y lo recogerá todo en seguida.

Y aún añadía mientras se iba a su cuarto a recoger el bolso y yo colgaba el mío de bandolera al hombro.

—¿Sabes?, por pereza, pues yo también llegué tarde, dejé el auto en la calle. El día menos pensado me quedo sin él. A esas horas de la noche me da una enorme pereza meterlo en el *parking*.

Aparecía de nuevo dentro de su traje de hilo color cereza, su melena rubia suelta y sus verdes ojos cuyo color y forma almendrada había heredado yo.

Sin embargo, mi morenura se debía a mi padre.

—Si hace cinco años me dicen que dejaría Londres para establecerme en España, no lo hubiese creído —decía mamá rompiendo la marcha hacia la puerta principal del espléndido piso que ocupábamos en una avenida residencial—. Pero ahora estoy contenta. La vida es cómoda y la pena de haber perdido a tu padre se va disipando. Se queda en el olvido con un recuerdo gratísimo, pero recuerdo al fin y al cabo. Es bien cierto eso de que nadie muere por nadie, Molly.

—Sí, mamá.

—¿Te ocurre algo?

Claro que sí.

Mil cosas.

Pero ninguna que yo pudiera confiarle a Liz.

Y no por su contenido y fondo, sino por las circunstancias. Liz no iba a entenderlo con facilidad.

Ella era inglesa, pero yo había nacido en España y además había venido a este país en vacaciones a vivir con mi abuela entretanto existió.

La mentalidad de papá nunca dejó de ser española pese a vivir casi siempre en Londres como compositor.

—Nada.

—Es que a veces pones expresión condolidada.

—Cosas tuyas, Liz.

Salíamos juntas y a la par cruzábamos el portal.

—Lo que más siento en esta época, es no tener tiempo para venir a darme un chapuzón a la piscina de la urbanización —y riendo—. Menos mal que el auto sigue ahí —des-

pués, recordando—. Cada vez que pienso lo que dudé en comprar este piso... ¿Recuerdas?

—Por supuesto, Liz.

—Decididamente no estás muy animada.

—Es que al acostarme tarde y levantarme temprano...

—Pero si casi son las diez.

—Dormí pocas horas, Liz. Sea como sea, soy dormilona.

—Sube —se sentaba ella ante el volante y yo me acomodaba a su lado—. Cuando falleció tu padre y nos dejó aquel dinero, con el consejo de que nos viniéramos a España, yo lo dudé mucho. Pero ahora estoy contenta. Y también lo estoy de haber comprado este piso en esta urbanización tan preciosa. De hacerlo hoy, nos costaría cuatro veces más. Fue una buena inversión. Ahora con el sueldo de las dos, vivimos divinamente. Porque si el mío es grande, el tuyo no lo es menos.

Eso sí.

Colocarse mamá fue fácil.

De intérprete en su embajada, ganaba un sueldo de ministro.

Yo no me quejaba.

Pero...

—Te dejo ante el mismo edificio donde trabajas. Es todo dedicado a despachos, ¿verdad?

—Supongo.

—El otro día conocí a tu jefe a través de una entrevista que le hicieron en la televisión. Es guapísimo. ¿Y dices que está casado y con hijos?

—Uno.

—Su mujer no apareció con él.

—Nunca la mezcla en su vida pública.

—Hace muy bien.

Y Liz, tranquila, conducía su vehículo por las céntricas calles, después de dejar la autopista que separaba la urbanización del centro de Madrid.

—Es aquí. Te dejo. Oye, Molly —mamá siempre lo mezclaba todo en su conversación como si quisiera decirlo todo a la vez—, un día me gustaría coincidir contigo en el almuerzo. Pero nunca tengo tiempo para nada y además surgen compromisos.

—No te preocupes. Yo suelo comer en un restaurante cercano a la oficina.

—¿Te dará tiempo de ir a la piscina?

—Puede. Es según lo que tenga en el magnetófono.

—Te veré en la noche. Si no vas a comer, dímelo por el contestador automático.

—De acuerdo.

—Y si llegas tú y yo no estoy, te habré dejado el mensaje advirtiéndote que no me esperes.

—Vale, Liz.

—Que lo pases bien.

Se fue en su auto.

Yo me quedé de pie en la acera mirando distraída cuanto ocurría a mi alrededor.

Y no ocurría más que lo que podía ocurrir todos los días.

Pero pensaba que algún día debía ser distinto y aquel para mí, sin saber aún por qué lo era.

II

Con gran extrañeza me topé a Ber en el pequeño apartamento que hacía de despacho, pero que además de aquel, tenía cocina, salita y alcoba además de un baño.

Al verme sonrió de esa forma peculiar de las personas algo enigmáticas.

—No te esperaba tan pronto —dijo.

Y se levantaba del diván donde se hallaba tendido.

—Pues vengo atrasada.

Ya estaba pegado a mí.

Era alto y delgado.

Un tipo espléndido. Fuerte y musculoso pese a su delgadez.

Moreno, los ojos azules contrastando con el moreno de su cara y de su pelo.

Un hombre hermoso.

Un tipo vital.

Un tipo que amaba o hacía el amor como nadie.

—Siento lo de ayer.

Era mentira.

Yo sabía que no podía sentirlo. Que habíamos vivido horas fascinantes en aquel cuarto.

—Yo soy responsable de todo, Molly.

¡Mentira también!

Si había algún responsable, éramos los dos.

Me besaba en la boca.

Me lo hacía de tal modo que era como para estremecerse de pies a cabeza.

Yo le amaba.

O le deseaba como una loca.

¿Qué más da lo uno que lo otro?

Me soltó en seguida y después ya no dijo nada más referente a los dos ni a lo ocurrido.

—Te esperaba para decirte que estuve dictando. Copia todo eso. Yo tengo que salir. No sé a qué hora vendré. De todos modos iré a almorzar a mi casa y después tengo dos asuntos pendientes. Si puedo retorno a las cinco, antes de que te vayas.

Retornaría.

Yo sabía que lo haría.

Vestía pantalones de un azul claro y una camisa blanca y sobre todo ello se ponía una chaqueta de punto de color azul marino.

Despechugado, con una gruesa cadena al cuello, el abalorio que le colgaba se le perdía en el vello negro.

Yo había ido a sentarme ante la mesa donde tenía la máquina y el magnetófono.

—Te he dejado un mensaje —dijo.

Y se fue a toda prisa.

Sentí el golpe de la puerta y la misma sensación como si me estallaran las sienas.

Tampoco iba a rasgarme las vestiduras.

Pienso que el destino me tenía deparada aquella papeleta.

Además no había ocurrido más que lo previsto que debía ocurrir.

Abrí el magnetófono.

Y oí su voz ronca, firme, algo cálida en el fondo.

Sí, era un tipo apasionado, pero emotivo al mismo tiempo, tierno, sensible.

Indiferente a muchas cosas, pero pendiente de otras.

«Molly, desde que entraste a trabajar conmigo hace un año, sabías que eso iba a ocurrir. Lo sabíamos los dos... Me creo responsable y lo peor no es eso, sino que sabemos tú

y yo que seguirá ocurriendo. Pero no voy a cometer la estúpida vulgaridad de decirte el consabido tópico. No amo a mi mujer. No la deseo. Me siento incómodo en mi hogar. Todo sería mentira. Y es una burda y vulgar mentira y yo no soy mentiroso. Las cosas son así, porque son así. Eres libre de irte o quedarte, pero ten por seguro que siempre te recordaré y te afloraré...».

Solo eso.

No me eché a llorar.

Sería absurdo que lo hiciera.

Cuando retorné definitivamente de Londres terminé mis estudios. Mi madre se colocó en seguida y ganaba lo suficiente. Pero yo decidí al fin colocarme y alguien me habló de aquel guionista director de televisión. Me recomendaron, me presenté, me aceptaron y allí empezó mi odisea.

En seguida noté en mí la atracción física.

Y no podía negar que intuí lo de Ber Gil.

¿Casado?

Sí, y padre y con solo veintiocho años.

Seis más que yo.

Tampoco podía decir que me sedujera.

Eso sería una gran mentira.

Y yo me responsabilizaba de lo que hacía.

¿Que de buena gana lo hubiera evitado?

Sí, pero no lo hice.

Me puse a pasar en limpio cuanto tenía dictado en el magnetófono y debido a ello y a la abundancia del contenido me dije que al menos aquella noche, después de irme de madrugada, Ber no había ido a su casa y se había puesto a trabajar. Tenía contenido humano al final del guión, garras, inspiración quizá debido a lo que había ocurrido allí.

Hacia las doce sonó el teléfono.

—Dígame.

—¿El señor Gil? —preguntó una voz femenina.

Ya la conocía.

Era la de Silvia Gil, la esposa.

—No ha venido.

—Dígale, cuando llegue, que estoy en la piscina con el niño.

—Sí, señora.

—Comeré en Somontes. ¿Se lo dirá? Le espero allí.

—De acuerdo.

—Si sale, déjele el apunte sobre su mesa de trabajo.

—Desde luego.

—Gracias.

Y colgó.

No sentía rencor hacia ella. ¿Qué culpa tenía?

Era la esposa ante la ley y la madre del hijo de ambos. Lo demás era punto y aparte.

* * *

Disponía de tiempo y me fui a una piscina pública. Comí allí mismo un bocadillo y me entretuve bañándome y tomando el sol hasta las cuatro.

Para entonces ya tendría limpio el apartamento, pues la limpiadora iba tarde aprovechando que yo bajaba a almorzar.

Cuando retorné me topé allí con Ber.

—¿No has leído el mensaje? Lo he dejado sobre la mesa —dije.

Ber fumaba y parecía relajado en un diván. Se le notaba cansado, pero tampoco podía asombrarme.

Ya lo conocía bien y en cada una de sus debilidades. O creía conocerlo, que también esto podía suponer para mí una equivocación.

Tipos como Ber no se conocen a fondo casi nunca.

Posiblemente ni la esposa le conociera con haber estado casada con él más de ocho años.

Lo veía perezoso, y el apartamento, aun ubicado en una calle centruqísima, tenía aire acondicionado.